

URMENETA, Empresario de alto vuelo

Por Gustavo Valdés Bunster

Fue el hombre más rico de Chile. Vicuña Mackenna afirma que era el más rico de Sud América. Se llamó José Tomás de Urmeneta.



José Tomás Urmeneta fue uno de los forjadores del enorme desarrollo económico que experimentó Chile durante el siglo pasado.

Nació en 1808, en medio de la agitación republicana que fermentaba en Chile. Murió en 1878, en el umbral de la guerra del Pacífico, cuando Chile se había forjado un puesto importante en el concierto internacional.

El mundo, durante el siglo pasado, fue revolucionado por las nuevas técnicas industriales, por los adelantos en materia de transportes, y Chile, esa angosta y lejana franja de tierra, se levantó como una nación pujante en lo económico, logró integrarse rápidamente a la Revolución Industrial y llegó a ser el primer productor de cobre del mundo.

La expansión económica de nuestro país se debió fundamentalmente a una bonanza que comenzó paralelamente con la consolidación política de la nueva República portaliana; primero Chile se capitalizó a través de los verdaderos torrentes de plata que fluyeron de la mina de Los Arqueros, Chañarcillo y posteriormente Caracoles; luego, con la revolución del transporte que significó el vapor, las antiguas rutas comerciales cambiaron y el estrecho de Magallanes se convirtió en el pasaje obligado de todo el comercio por el Pacífico. Valparaíso se transformó en un verdadero emporio comercial donde todas las grandes casas bancarias europeas estaban representadas. La concentración de capitales en Valparaíso, y la iniciativa de muchos empresarios, hicieron repuntar (hacia mediados del siglo pasado) una industria que estaba

abandonada: el cobre.

Otros factores, como por ejemplo la inmigración masiva de europeos a California, Australia y Oceanía, abrió nuevos mercados para Chile y Valparaíso se transformó en el primer puerto del Pacífico. La bonanza económica continuó; los ingresos de la gran minería del cobre se transformaron en nuevos elementos de progreso para la nación: carreteras y ferrocarriles, habilitación de una enorme infraestructura portuaria, impulso de la agricultura e integración de territorios abandonados.

José Tomás Urmeneta fue uno de los forjadores de esta bonanza económica. Fue un hijo de su siglo. Toda su actividad está marcada con el signo del Progreso: minero, fundidor, empresario de ferrocarriles, naviero, agricultor, empresario de servicios públicos, diputado, senador, candidato a la Presidencia de la República. Don José Tomás Urmeneta no puede permanecer olvidado. Fue uno de los industriales más importantes de Chile y supo incorporarse con gran lucidez al proceso económico mundial.

LA INFANCIA

José Tomás Urmeneta nació en Santiago en 1808. Su padre, Tomás Ignacio, llegó a nuestro país a fines del siglo XVIII llamado por su tío, Francisco Javier Urmeneta (el primero con este apellido en Chile), para cooperar con él en sus negocios de metales de cobre en La Serena.

Tomás Ignacio Urmeneta heredó de su tío tres mil pesos (con los que se podían comprar en aquella época unas quinientas vacas) y mantuvo una regular situación económica. Murió en 1818 cuando el futuro millonario, José Tomás Urmeneta, tenía sólo diez años.

En 1823, cuando el muchacho cumple quince años, viaja a bordo de un velero que le conduce a los Estados Unidos. Dobla el Cabo de Hornos, sube por el Ecuador y desembarca en Cape Cod, al norte de Boston, en febrero de 1824. Desde allí se dirige a Providence, una pequeña ciudad en el Estado de Rhode Island. Su destino será un colegio mercantil, donde vivirá como interno tres años, hasta 1827.

Terminada la instrucción, José Tomás Urmeneta trabaja en el negocio de "pacotilla." Con su esfuerzo y tesón, logra juntar bastante dinero como para comprar un cajón de las afamadas agujas de Rhode Island y con esta primera empresa se embarca de regreso a Chile. El cajón de agujas vendido en Valparaíso y Santiago le produjo quinientos pesos, con lo que pagó los gastos del viaje.

Al llegar a Chile, Urmeneta se percata que la situación económica de la familia no era buena, de modo que renuncia a la parte de la herencia que le corresponde en favor de sus hermanos y sólo pide la "mancerina de plata" de su madre, doña Manuela García, y el derecho de llamar a una de sus hijas Manuela.

HACIA LA FORTUNA

Se hace imperioso trabajar, de modo que Urmeneta ingresa como empleado en la sociedad comercial formada por los hermanos españoles José Ramón y Francisco Sánchez y por el financista Manuel Riesco.

El dominio del inglés y su formación en un colegio comercial norteamericano lo habilitan como para representar a la firma en Europa. Viaja por España, Francia e Inglaterra. En Gran Bretaña, Urmeneta, además de apoderado de Sánchez y Riesco, se queda en Londres como ayudante del Ministro (embajador) de Chile, don Mariano Egaña.

En 1830 (tiene sólo 22 años) le vemos de regreso, desembarcando en Buenos Aires. Cruza la pampa en compañía de Edmundo Eastman, hijo del acaudalado comerciante londinense Tomás Eastman. Allí se inicia una larga y profunda amistad. Urmeneta e Eastman se casarán con sendas hermanas, las bellezas serenenses Carmen y Tomasa Quiroga.

En Santiago, la figura de José Tomás Urmeneta se destaca entre los jóvenes que pasean por la Alameda. Viste siempre a la moda; es alto y elegante, característica que mantendrá por toda la vida.

Su cuñado, Mariano Ariztía, tiene amplios intereses en el norte. Enriquecido por las minas de plata de Los Arqueros, descubiertas en 1825 y que presentan el mineral en la forma más pura que se ha visto nunca, pues la plata está amalgamada con mercurio, Mariano Ariztía compra una hacienda en Ovalle, tiene algunas pequeñas minas de cobre y un venero de plata. Ariztía no es hombre de empresa y desea solamente gozar tranquilamente de su fortuna; necesita pues un administrador honrado y eficiente.

En 1831, a los veintitrés años de edad, José Tomás Urmeneta se hace cargo de los intereses de su cuñado en el norte y se instala en la hacienda de Sotaquí.

Pero el apacible trabajo campesino no llena la vida de un hombre con la energía de José Tomás Urmeneta.

EL TAMAYA: FORTUNA, RUINA Y ESPERANZA

En la hacienda de Sotaquí circula una leyenda. Al centro del fundo se alza un cerro, el Tamaya, del que dicen los indios "tiene el corazón rojo," rojo de metales.

Muchos pirquineros han clavado su barreta en el cerro Tamaya. Pero son pocos los que continúan la tarea. En 1833, a los veinticinco años, Urmeneta prueba suerte en un pique abandonado llamado "La Mollaca."

La fortuna sonríe al joven minero. Al comenzar las faenas, Urmeneta se da de narices con una riquísima veta de "bronces morados" cuya ley es tan alta que el mineral se ensaca y, directamente, sin proceso alguno, se despacha a Inglaterra.

La suerte del minero se acaba con la veta. Y la veta del Mollaca se agota en ocho meses. Cierto es que ha producido trescientos mil pesos de ganancia (unos doscientos mil dólares de la época). Urmeneta es joven y rico; podría perfectamente comprar una hacienda y gozar tranquilamente de una fortuna adquirida fácilmente y con rapidez. Pero Urmeneta no se detiene: gran cantidad de herramientas y explosivos son encargados a Inglaterra; el Tamaya es picado por aquí y por allá; la faena continúa.

Pasa el año 34, el 35, el 36. Los sondeos resultan infructuosos. La veta está agotada. Pero Urmeneta, infatigable, tozudo, trabajador, empuña él mismo la barreta. Los mineros viejos menean la cabeza. "El hombre está loco - dicen - afebrado por el cobre."

Urmeneta abandona el pique del Mollaca y en su afán obsesivo por triunfar - él cree en la leyenda de los indios - denuncia otras dos bocaminas. Pasa el tiempo; los años 1837, 1838, 1839, 1840; pero Urmeneta incansable no abandona la tarea perforando la roca viva. Su fortuna se consume y su esposa y las dos pequeñas hijas deben abandonar la ciudad para vivir con el minero bajo un techo de totora al pie del cerro de la ruina y la esperanza. (Foto grabado).

De pronto aparece un pequeño filón y renace la esperanza. Urmeneta se llena de deudas y el filón se agota al poco tiempo. Pasan los años, pero el hombre no abandona el Tamaya. Está arruinado y los acreedores no lo dejan vivir en paz. Sin embargo, "el loco del burro," como lo llaman los mineros de la región por su costumbre de trasladarse siempre en un burro, obsesionado por el Tamaya, avanza hacia el interior de la tierra, buscando el corazón del cerro, ese corazón rojo de metal.

Han pasado dieciséis años de lucha contra el Tamaya. Es el año de 1850. Un buen día, en El Pique, a trescientos metros de profundidad, aparece el metal rojo. Pero el minero no posee un centavo y tiene muchas deudas. Viaja a Ovalle para negociar la mitad de su mina. En esta ciudad vive un hombre rico, un ingeniero alsaciano, hábil e inteligente que debe su fortuna a su ingenio y la ignorancia ajena. Carlos Lambert, que así se llama el francés, ha utilizado un método de hornos de reverbero que recupera el cobre de los sulfatos. Los mineros chilenos sólo se interesan por los óxidos de cobre y desechan los sulfatos como escoria. Lambert basa su riqueza en la compra a bajos precios de esta "escoria" que él transforma en cobre fino.

El francés no quiere la mitad del Tamaya. Lo quiere todo y ofrece quinientos mil pesos. Urmeneta, indignado, rechaza la propuesta.

Mariano Ariztía viene al auxilio, prestándole cuarenta mil pesos con los que se continúan los trabajos.

En octubre de 1852, tras dieciocho años de tesón, aparece por fin el corazón del cerro. La veta tiene "dos varas de anchura" y una ley del 60 por ciento de cobre.

Entre 1853 y 1864, el Tamaya rindió la fantástica suma de cinco millones de pesos. Chile se transformó así en el primer productor y exportador de cobre del mundo. Para pesar mejor la importancia de estas cifras, baste comparar el total de los ingresos fiscales de Chile en aquellos años:

1853	\$5.552.484
1854	\$5.946.216
1855	\$6.287.526
1856	\$6.509.867
1857	\$6.419.142
1858	\$5.961.774
1859	\$6.264.165
1860	\$7.494.750

Las rentas fiscales estaban basadas en el impuesto de aduanas, que para 1860 alcanza a \$ 4.824.801. La mina Tamaya de José Tomás Urmeneta rindió un total de utilidades que alcanzó la increíble cifra de \$ 13.827.000.

EMPRESARIO DE ALTO VUELO

Toneladas y toneladas de mineral bajan a lomo de mula desde "El Pique," socavón riquísimo del cerro Tamaya. Cientos de cuadrillas trabajan día y noche extrayendo el cobre desde las profundidades de la tierra. La leyenda del Tamaya se convierte en realidad. Urmeneta es ya un hombre rico. Millonario.

Pero José Tomás Urmeneta no es hechura de holgazán: no se contenta con extraer el mineral, sino que se propone fundirlo en el país. Para ello establece en Tongoy una fundición que convierte el mineral en cobre fino.

Hace venir desde Europa a los mejores ingenieros, ensayadores y administradores. Se realizan una serie de prospecciones y nuevos piques que indican la presencia de enormes depósitos de cobre. El futuro de la mina es promisorio; el transporte del mineral hasta la fundición, caro y anticuado. De modo que Urmeneta desecha el acarreo de mineral por el lomo de las mulas y encarga al conocido ingeniero norteamericano, Enrique Meiggs, la construcción de un ferrocarril que una la mina con la fundición y el puerto de Tongoy, que también es habilitado por Urmeneta.

La línea de producción del Tamaya no está completamente cerrada. José Tomás Urmeneta tiene la mina, los mejores especialistas y administradores, el mineral es transportado por un ferrocarril propio hasta la fundición; desde los hornos, el cobre, en barras y en lingotes, pasa al puerto, que también es suyo. Sólo falta el transporte hacia el mercado europeo. Urmeneta encarga a su yerno, Maximiano Errázuriz (el de los vinos Errázuriz Panquehue), la compra de una flota de vapores que lleven el tesoro del Tamaya al Viejo Continente. Pero los hornos de fundición, las locomotoras del ferrocarril y las calderas de los vapores precisan del combustible del siglo XIX: carbón. Resuelve la dificultad del abastecimiento de carbón abriendo en Concepción una industria carbonífera.

Del carbón se obtiene el gas. Urmeneta ha visto y escuchado cómo las grandes capitales europeas tienen sus calles iluminadas por lámparas de gas. De modo que en sociedad con su yerno, Maximiano Errázuriz, funda la Compañía de Alumbrado Público que dotará a Santiago de su primer y moderno sistema de iluminación por lámparas de gas.

La base de su fortuna, el Tamaya, está caminando como una maquinaria perfectamente aceitada. Pero Urmeneta no descansa, no se propone gozar de una empresa acabada.

Compra una hacienda en Limache, "Lo Urmeneta" y dota al pueblo de frondosas arboledas y una pila de mármol para la plaza; trae al país gran cantidad de eucaliptus y planta una viña que llevará su nombre.

EL FERROCARRIL DEL SUR

Tantas y tan variadas fueron las actividades ejecutivas de José Tomás Urmeneta que para darse una somera idea de la inagotable energía de este pionero de la empresa chilena veámosle en marzo de 1856.

El último día de este mes se constituyó la Junta Directiva del ferrocarril del sur. Urmeneta encabezó la nómina como presidente de la Sociedad. Los directores fueron Domingo Matte, Vicente Izquierdo, Emeterio Goyenechea, Francisco Echaurren y Santiago Salas. Secretario, Jorge Smith; abogado, Alejandro Reyes.

El jefe de ingenieros, un francés llamado Chevalier, comenzó al día siguiente los trabajos en la Estación Central. Se iniciaron los trámites de expropiación de los terrenos por los que pasaría el futuro ferrocarril, al mismo tiempo que activos agentes de Urmeneta despachaban desde Inglaterra los carros, rieles, "locomotivas" y demás ferretería.

Un periódico, destinado a sobrevivir por más de cincuenta años, "El Ferrocarril" nació en aquellos días con la misión de apoyar la construcción del Ferrocarril del Sur. Durante abril y mayo aparecieron diversos avisos en este diario llamando a propuesta pública para dotar a la empresa de 25.000 durmientes de roble, de 27.000 durmientes de quillay, para construir los puentes y terraplenes hasta el río Maipo.

La firma "Cousiño y Garland," productora y exportadora de carbón y metales preciosos, se hacía cargo de los pagos en plata a los ferreteros ingleses. Desde marzo a junio, "Cousiño y Garland" envió 640 kilos de plata en barra al extranjero por cuenta de la "Compañía del Ferrocarril del Sur."

Pero Urmeneta no se limitaba a dirigir la construcción del Ferrocarril, cuyo primer tramo fue inaugurado catorce meses después, un 16 de septiembre de 1857. El 30 de mayo de 1856 una nueva empresa se constituía en Santiago: la "Chilena de Fundiciones." La Junta Directiva estaba integrada por José Tomás Urmeneta, Javier Zañartu, Jerónimo Urmeneta y Bernardo del Solar.

INDUSTRIAL Y HOMBRE PUBLICO

En 1858, los hornos de una nueva fundición humean a la distancia. Se trata del nuevo complejo metalúrgico de Guayacán o la Herradura. El administrador es el activo yerno de Urmeneta, Maximiano Errázuriz. Una producción inicial de 4.000 quintales de cobre fino al mes fue elevada al poco tiempo a 27.000 quintales. La ley de los lingotes alcanzaba al 99,5 por ciento de cobre. Una verdadera hazaña para los metalúrgicos de la época.

Las cuarenta chimeneas de Guayacán son alimentadas con parte del exceso de producción que fluye del Tamaya. Barcos carboneros, otros cargados con alimentos y herramientas y más allá los que esperan carga de metal se amontonan sobre la caleta de Coquimbo. Urmeneta habilita el puerto; construye un muelle, bodegas y aduanas.

Sus negocios mineros son ampliados. Urmeneta es dueño de numerosas minas de cobre en Coquimbo, Huasco y Vallenar. También posee yacimientos de oro y plata, mantos de carbón, dos fundiciones, una flota de vapores; es Presidente de la Compañía del Ferrocarril del Sur; invierte en la carretera longitudinal; es dueño de una hacienda en Limache; dueño, en fin, del cerro Tamaya que rindió la fantástica suma de 13 millones 827 mil pesos (unos doce millones de dólares de la época). Pero también se dio tiempo para actuar en política: diputado por Ovalle desde 1846 hasta 1849, diputado por Elqui desde 1852 hasta 1855, y senador de la República desde 1855 hasta 1864.

Ocupó importantes y delicados puestos en la administración pública: fue Consejero de Estado y juez especial de la Corte Suprema. Finalmente, en 1871 alcanzó el honor de ser candidato a la Presidencia de la República por el Partido Liberal.

Tal vez el mejor retrato de este gigante empresarial que fue José Tomás Urmeneta, se perfila en una carta al Ministro Varas. En ella se puede apreciar el laconismo y la precisión de un hombre que no pierde el tiempo en palabras inútiles y, el poder de un empresario que cita a un Ministro de Estado a su propia casa.

La esquila dice textualmente:(1)

"Domingo diciembre 20, 1857

Sr. Don Antonio Varas

Muy señor mío:

Ayer anduve afuera tarde en la noche recibí su estimada; mañana lunes a las doce del día si es conveniente para Ud., espera en esta su casa, su

Atto. S.S.

José T. Urmeneta."

Pero José Tomás Urmeneta no fue solamente un gran empresario, un industrial lúcido y eficiente, sino también un hombre público consciente de las necesidades ajenas.

Según asegura Vega, uno de sus biógrafos, Urmeneta no se cansaba de repetir que "la fortuna sólo es el medio para crear la grandeza de un país, reparar las injusticias del destino y las desigualdades de aptitudes." "La acumulación de millones - decía - es el más vil de los egoísmos."

De acuerdo con este pensamiento, Urmeneta se hizo cargo de los gastos de la "Casa de Orates," fundada en 1848 por el filántropo Fermín Vivaceta; financió dos escuelas y un lazareto en Limache; fue el primer Superintendente del Cuerpo de Bomberos de Santiago y financió este importante servicio público; fue protector de numerosas entidades de beneficencia como el hospital San Vicente de Paul y las iglesias de la Estampa, La Viñita y Recoleta.

También se convirtió en protector de las Artes y las Letras. Dotó e impulsó la actividad creadora de artistas, poetas, escritores y músicos.

Este hombre excepcional murió en su hacienda de Limache el 17 de octubre de 1878 a los 69 años de edad.

Conforme con su última voluntad, sus enormes riquezas fueron repartidas entre su familia e instituciones de beneficencia.

Especialmente favorecidas con la herencia de José Tomás Urmeneta resultaron las monjas de la Providencia, que actualmente poseen la hacienda de Sotaquí y otras propiedades en Santiago legadas por el industrial.

Como no tuvo hijos varones, la parte de la herencia que correspondió a su familia permaneció en los apellidos Errázuriz e Eastman, los esposos de sus dos hijas.

Quienes aún llevan el apellido Urmeneta en Chile son en su mayoría descendientes de Jerónimo Urmeneta,

hermano de don José Tomás, quien tuvo una destacada participación en la administración pública como Ministro de Estado en diferentes carteras.

Actualmente, la Viña Urmeneta prácticamente no existe y pasó, años atrás, a la familia Hirmas, conocidos industriales textiles. El ferrocarril del Tamaya se extendió como ramal hacia el interior y hoy sólo se puede apreciar la antigua huella del camino del cobre.

Don José Tomás Urmeneta fue, sin duda alguna, uno de los más importantes impulsores de la economía chilena. Más que eso, su personalidad imprimió un fuerte ritmo de progreso e iniciativas que contribuyeron en buena medida al robustecimiento económico de Chile.

Valga como epitafio para este forjador de nuestra grandeza económica lo que el historiador Francisco de Encina dice de él en su *Historia de Chile*: "Es tal vez la más alta y noble figura que se ha levantado en la vida económica."

(1) Archivo Histórico Nacional, Colección Fondos Varios, Tomo 834.